

Tres Años de Experiencias Comunistas en el Ambiente Rural de China

Por N. N. (1)

I

EL MARCO

A 250 kilómetros al norte de Shanghai, junto al mar de China, se extiende una inmensa planicie, verdadero desierto de tierras sin árboles, robadas en estos últimos años al mar y dedicadas al cultivo del algodón. Lo llaman KANG-PO o norte del río.

Ahí, el 12 de junio de 1944, el misionero de YU-HOA el P. GASSARD S. I., de 42 años, caía bajo las balas comunistas junto con su catequista de 22 años.

Los superiores me enviaron a ocupar el puesto vacío; viaje largo y peligroso. Llegó sin embargo sano y salvo el 4 de setiembre de 1944 para descubrir bajo la lluvia un espectáculo lamentable: las escuelas medio demolidas, la Iglesia sin tejado, ni puertas, ni ventanas... trabajo ejecutado por el mismo misionero por orden de los jefes del cuarto ejército comunista.

Viví seis meses bajo el régimen japonés y luego, siguiendo las fluctuaciones de éxitos o derrotas de las tropas nacionalistas, bajo los gubernamentales y sobre todo bajo los comunistas.

MI OBSERVATORIO

Estaba admirablemente colocado para seguir de cerca los diversos movimientos: mi casa, escuelas e iglesia ya reconstruidas en pleno campo, sin ninguna tapia, están a 40 metros de la única carretera verdaderamente estratégica de norte a sur, por donde todos tienen que pasar. Mis edificios a pesar de su pobreza son más cómodos y capaces que las cabañas vecinas de tierra y paja: habían pues, de excitar el apetito o por lo menos la curiosidad, y de ahí innumerables visitas u ocupaciones más o menos prolongadas. Los nacionalistas nos respetaron siempre; los comunistas (como todo pertenece al estado, por lo tanto a ellos) se consideraron como en su casa, pidiendo prestado y utilizando todo: muebles, salas, escuelas, habitaciones personales del Padre, y de las religiosas chinas encargadas de la escuela y del dispensario... Durante tres años miles de soldados,

(1) El autor de estos artículos pidió se ocultase su nombre por prudencia elemental, ya que volvió de nuevo a terreno comunista, donde se encuentra de nuevo.—
N. d. l. R.

de estudiantes, de funcionarios, de campesinos transformados en camilleiros o acarreadores de víveres, municiones y armas, miles de policías con sus prisioneros civiles (una vez eran 95, antiguos ricos destinados a la muerte que sufrieron al día siguiente de mi salida cuando se acercaron los nacionalistas). Era toda una organización civil y militar comunista la que desfiló así por mi casa y con permanencias que variaban, de una noche o un día, a semanas y aún meses. Estado mayor, gobernador de departamento con sus oficinas, estudiantes en época de formación intensiva, campesinos transformados en jueces que decidían de los repartos de bienes muebles e inmuebles y de la vida o de la muerte de víctimas escogidas de antemano por las autoridades locales, nuevos reclutas para el ejército rojo, etc. . . fueron mis huéspedes por centenares, por millares; venían para descansar después de una batalla o de una correría nocturna, o para buscar un refugio según decían al abrigo de los aviones enemigos, o para deliberar, o también para celebrar una victoria, un aniversario, una reunión del "Partido", una despedida de reclutas "voluntarios" (forzados).

Y en un desorden inexplicable, clamores, vociferaciones, cánticos, discursos, comedias que se prolongaban por el día y más frecuentemente por la noche; pues tienen predilección por estas fiestas nocturnas que se prestan más a las pasiones de peor ralea.

Fuera de estas fiestas públicas había para los moradores habituales una distribución normal: muy de mañana, a las 4, ante las ventanas de mi cuarto, en el patio, bajo la dirección de jóvenes sargentos, ejercicios militares en que todos toman parte: oficiales, comisarios, cocineros, empleados civiles, jovencitas y simples soldados en una igualdad democrática perfecta. Eso duraba dos o más horas. Después, el desayuno, bien frugal por cierto (arroz líquido y legumbres saladas); y la serie de clases o conferencias, naturalmente en mi Iglesia; los cursos de cánticos, elemento esencial y muy psicológico para formar, sostener y ocupar el tiempo y la moral de estos jóvenes; cursos de sociología, de economía política, de geografía, de táctica militar con topografía, de matemáticas. . . Estudiantes o soldados, en silencio, inmóviles, apretujados unos con otros y siempre con sus armas, debían sufrir esta profusión de palabras, sin comprender mucho, pues los oradores hablaban en lenguaje nacional o dialecto local desconocido para la mayoría. Había también especialidades para grupos selectos: topografía, construcción, dibujo, enseñanza médica. . . y también, teniendo en cuenta el descanso y recreación del pueblo, ejercicios de música, comedias buscando siempre y en todo los elementos de propaganda.

Al mediodía un poco de descanso y relajación para el estómago que tenía que contentarse del mismo miserable menú, y pronto vuelven a comenzar las clases después de algunos minutos de descanso. La cena bastante temprano; y por equipos, pequeñas reuniones para repetir las lecciones oídas, y, llegada la noche, el examen de conciencia con la confesión pública donde cada uno tiene que declarar sus faltas y sus buenos actos en favor del pueblo, y además exponer sus ideas y proyectos. Estas confesiones y exámenes me parecen el medio más eficaz para galvanizar a estas células comunistas, y mantener a todos y cada uno en la línea pura del "Partido"; arma terrible también contra el que tuviese cualquier veleidad de volver a encontrar o manifestar su personalidad y con mucha más razón su libertad.

Con frecuencia, sobre todo el domingo, ante los soldados de toda la región, conferencias más solemnes que duraban tres o cuatro horas. Desde mi habitación las podía oír. ¿Es posible que seres inteligentes puedan vomitar tantos absurdos y verdades a medias y noticias falsas o tendenciosas?...

Esta exuberancia reaparecía a la tarde en las comedias: pobre ¡Tsiang-kai-shek!, ¡pobre Norte América!, ¡pobres propietarios y ricos!

Pero si los temas de los discursos y las diversas exhibiciones eran de poco valor, cuán psicológico, ardiente y apasionada es su expresión: nada de sermones monótonos y soporíferos... Qué vida, qué variedad de expresión, qué contacto con el auditorio, arrastrado a tomar parte en el discurso, obligado a aplaudir, a aprobar con gritos, con clamores. ¡Ay de aquel que por su silencio apareciese de opinión contraria! Y luego cánticos, siempre cánticos y grandes risotadas, y aplausos organizados venían a punto a interrumpir y a impulsar de nuevo al orador.

A todos invitan y obligan a tomar la palabra aún en las reuniones populares; interruptores debidamente preparados intervienen para fijar el pensamiento de los jefes, las directivas del "Partido", ya sea para un reparto de bienes o para una ejecución capital.

Para aumentar el interés de esta reunión hay intermedios espeluznantes. Así por ejemplo, en mi Iglesia un día, ante la chusma vociferante, dos vecinos míos con la espalda desnuda, de rodillas sobre las gradas del altar fueron azotados con salvajismo, excitados todos a golpear más fuerte por amigos del día anterior, y terminaron conduciendo a estos infelices ensangrentados en procesión por la carretera para acabarlos con una bala en la nuca y dejar sus cadáveres cuatro días, el tiempo preciso para servir a otra fiesta: la elección por el pueblo de los que se dicen "voluntarios" del Ejército, niños 12 o 13 años "ofrecidos" (con lágrimas) por sus familias. Durante tres días se les festeja: comedias, discursos, petardos, paseo en palanquines con flores rojas en los ojaes, y sus padres obligados a estar allí con la sonrisa... El desfile pudo rozar los dos cadáveres. No se anda en bromas con la causa comunista.

Durante tres años pude, pues, ver a mi gusto y oír a todos desde los grandes jefes militares o civiles hasta los más simples soldados o campesinos, y esta visión y contacto me dan derecho tal vez a lanzar estos recuerdos, que trataré de resumir en los siguientes capítulos: *II.—Organización de las fuerzas militares comunistas. III.—Organización civil. IV.—Comunismo, juventud, y escuelas. V.—Política comunista con los ricos. VI.—Política comunista con la Iglesia Católica. VII.—Comunismo y extranjeros. VIII.—Comunismo chino y Rusia. IX.—Mis juicios populares.*

ORGANIZACION DE LAS FUERZAS MILITARES COMUNISTAS

No tengo ni la competencia ni la intención de exponer la historia ni la organización del ejército comunista; sólo quiero anotar algunos rasgos y detalles observados por mí en el "nuevo cuarto ejército", el único con el que he tratado.

¿Cómo se formó este ejército? Los grandes jefes sólo tuvieron un fin durante la guerra japonesa: Preparar un ejército numeroso, disciplinado y bien equipado para apoderarse del Gobierno, como me lo confesaron ellos mismos. Y después instalar el régimen comunista en China. Durante la guerra les fué fácil atraerse a los jóvenes, estudiantes o no, para luchar contra el invasor, contra los "diablos" como los llamaban. Pero para prepararse para el porvenir tuvieron buen cuidado de no utilizar estos reclutas contra el enemigo. Casi ningún combate, y tratos vergonzosos les permitieron llegar intactos al fin de la guerra. Terminada ésta, vienen las interminables discusiones entre nacionalistas y comunistas, en las que éstos afirmaban todo y lo prometían todo, y prolongaban las discusiones, mientras aumentaban y consolidaban sus ejércitos. Una propaganda admirablemente llevada en los colegios y en los campos, les trajo infinidad de jóvenes, disgustados unos del estudio, al margen otros de sus familias y con deseos de aventuras, o aldeanos ignorantes, deseosos de salir de los límites estrechos de sus aldeas, o ávidos de una vida perezosa y de una taza de arroz asegurada... Todos, voluntarios o no, sabían y pronto gozaban de ello, que apenas vistiesen el uniforme serían todopoderosos con derecho de vida y muerte y sobre todo, de saqueo. Pronto eran asimilados por el ambiente, y entraban en esta corriente milenaria que ha llenado la historia de China: revolución, guerras, traiciones... para desgracia del país.

Después de conquistada China, sin descuidar estos métodos los comunistas emplean los que les ofrece el gobierno totalitario de la nación.

En mi región los comunistas (soldados), no eran muchos. Pero daban la sensación de ser incontables; tal era su movilidad y tan hábiles para disimularse. En el tiempo de los japoneses aprendieron el arte de las guerrillas: están en todas partes, siempre invisibles e imposible atraparlos. Cuando quieren atacar basta un silbido y se ponen en movimiento rápido y en cualquier tiempo; con lluvia, en la nieve, en el barro, empiezan las rápidas marchas nocturnas (por la noche a causa de los aviones, su terror). Los soldados van ligeramente vestidos, pero una recua de aldeanos siguen llevando las municiones y provisiones, y andan 30-60 kilómetros bajo la dirección de afiliados locales, funcionarios o milicianos.

El ejército rojo en mi región estaba pobremente equipado y tenía dificultades para aprovisionarse. En cambio su disciplina era admirable. Los oficiales y comisarios civiles han sabido infundir a los suyos, un valor, un espíritu combativo y un desprecio de las comodidades y de la muerte... total. Con discursos, conferencias, comedias, periódicos, han creado una especie de mística, un ideal, y estos jóvenes acaban por creer en él fanatizados. ("Odio a Tsiang-kai-shek, el traidor que ha vendido China a los

americanos"; "Odio a los ricos, opresores de los pobres"; "Preparemos el reino de la dicha universal en la igualdad de todos").

Es como una cruzada. Por lo demás si se niega uno a creer o a seguir el movimiento, le será imposible rebelarse y mucho más escapar; peligraría su vida y en todo caso la familia, allá en su aldea sufriría terribles represalias, ya que al enrolarse le tomaron informes precisos. Cuántos me han confesado su hastío, pero también me han contado la ejecución inmediata de un camarada recalcitrante.

Convencidos o no, hay que ir adelante, y siempre con alegría, con la sonrisa en los labios. Por otra parte, hay entre ellos una camaradería admirable, una cohesión extraordinaria; nunca disputan, sino que se ayudan mutuamente. Nada distingue entre ellos por el uniforme al oficial del simple soldado: ninguna insignia; el mismo alimento, la misma habitación, sobre el duro suelo; marchas y contramarchas descalzos con una manta muy ligera a la espalda, siempre limpios, porque diariamente hay abundantes lavados. Dada una orden, en cinco minutos están dispuestos para salir, pero antes tienen que oír un interminable discurso del oficial y otro del comisario, repetido por cada jefe de grupo y así todos y cada uno sabrán a dónde van y con qué objetivo. Al terminar la marcha, antes de extenderse sobre la paja o sobre una puerta, los mismos discursos, sea cual fuere la hora de llegada, o la temperatura, o la fatiga, y se me olvidaban esos cánticos que a lo largo del camino han alimentado el fuego sagrado. Ahí los tenéis ya mecanizados, intoxicados, ganados para la causa y dispuestos a todo por ella.

¿Quién manda? Hay toda una jerarquía rígida, desde el jefe lejano Mao-tse-tong, hasta el simple cabo, que en el ejercicio de sus funciones es omnipotente, respetado o temido por todos, de cualquier graduación que sea; la autoridad no se ejerce sino en la hora del mando porque fuera de eso reina la más absoluta igualdad. Y todos hasta el más insignificante soldado tienen derecho de apelación, de crítica, de queja. De este modo todos están ligados los unos a los otros en cohesión rígida y entera, mantenida por la presencia y vigilancia e intervención de comisarios civiles, especie de capellanes, representantes oficiales del Partido, ojos del Partido, todopoderosos, siempre superiores al oficial del grado equivalente.

Régimen en apariencia de libertad y de convicción común, pero en realidad, régimen de temor, de envidia, de odio, pero todo ello cerrado herméticamente en el fondo de los corazones.

Régimen duro: ejercicios, disciplina, caminatas, alojamientos, alimento, todo supone verdadera abnegación y entrega total... ¿Qué pena que tantos esfuerzos y sufrimientos sean para causa tan mala!

Hablé de igualdad, pero eso no impide ciertos privilegios: los oficiales y comisarios saben guardar para sí, según sus ordenanzas, la mejor comida, las camas más cómodas... y en cierto sentido estos privilegios los aceptan los soldados: "nuestros jefes discurren más que nosotros".

Para formar los cuadros de este ejército hay "centros", escuelas especiales de entrenamiento. Tuve "el honor" de albergar por largos meses centenares de jóvenes escogidos entre los nuevos reclutas, los que mostraban más cualidades o una sumisión más manejable. Oficiales y comisarios escogidos hacían de profesores. El entrenamiento duraba tres o cuatro meses con un reglamento más estricto y más lleno que el de cualquier noviciado religioso: cambio frecuente de compañeros, de local (sin duda

para apartar toda familiaridad excesiva entre camaradas o con los habitantes del lugar), exámenes orales y escritos (las mejores composiciones aparecían en el diario rojo), ensayos de conferencias públicas, tests, organización de fichas... Luego, vistas las preferencias, los talentos, las aptitudes, a cada uno le señalan su puesto, después del examen final, ya sea en el ejército como oficial o comisario, ya sea en la región como funcionario civil encargado de la propaganda o de la organización social del campo.

Y para celebrar a estos recién diplomados, venían las fiestas, los discursos, las comedias...

He podido controlar de muy cerca esta incubación comuista y por desgracia he podido apreciar también sus resultados: nunca tuve tanto que sufrir como de estos jovencitos casquivanos, orgullosos, de formación un poco más que elemental a pesar de los diplomas que les otorgan generosamente; estos que se dicen estudiantes de universidad, apenas han probado la escuela secundaria. Qué masa tan admirablemente maleable para la empresa comunista, antirreligiosa, antiextranjera. Ahí están los militantes, los jefes del mañana.

(Continuará).

